

VALENTÍN GARCÍA YEBRA
Real Academia Española

La traducción y las Academias

Se me ha pedido que les hable a ustedes de la traducción y las Academias; es decir, de la relación *real* o *posible* entre la actividad de los traductores y la actividad de las Academias.

Supongo que todos los presentes tienen ideas claras sobre la actividad de los traductores. Yo sigo entendiendo por traducción lo que entendía en 1982, al aceptar en mi libro *Teoría y Práctica de la Traducción* la definición de Taber y Nida en la p. 11 de su libro *La traduction: théorie et méthode*: “*La traduction consiste à reproduire dans la langue réceptrice le message de la langue source au moyen de l'équivalent le plus proche et le plus naturel, d'abord en ce qui concerne le sens, ensuite en ce qui concerne le style*”.¹

Como ahora son muchos más los concededores del inglés que los del francés, traduzco: “La traducción consiste en reproducir en la lengua receptora el mensaje de la lengua fuente por medio del equivalente más próximo y más natural, primero en lo que se refiere al sentido, y luego en lo que atañe al estilo”.

O esta otra, más concisa, pero igualmente válida, que puede verse en el *Dictionnaire de Linguistique* de Jean Dubois y otros, París, 1973: “*Traduire c'est énoncer dans une autre langue (ou langue cible) ce qui a été énoncé dans une langue source, en conservant les équivalences sémantiques et stylistiques*”.²

Es esencial, según ambas definiciones, conservar en la traducción las equivalencias semánticas y estilísticas; es decir, la equivalencia del sentido y la del estilo.

Como todos ustedes saben, la actividad del traductor consta de dos fases: la fase de la *comprensión* del texto original, en que el traductor trata de captar o entender el contenido del texto original, y la fase de la *expresión* del mismo contenido en la lengua terminal.

La *comprensión* no es aún propiamente traducción. En esta primera fase, la actividad del traductor no se diferencia esencialmente de la actividad del lector que tiene como lengua propia la lengua del original.

La *comprensión* es necesaria, imprescindible, para la traducción; pero no es aún traducción.

Como hemos visto en las definiciones citadas, la *traducción* “consiste en reproducir o enunciar en otra lengua el mensaje de la lengua original”.

¹ Londres, 1971.

² *Traducir* es enunciar en otra lengua (o lengua meta) lo que ha sido enunciado en una lengua fuente (o lengua original), conservando las equivalencias semánticas y estilísticas.

En pura teoría, la actividad de las Academias podría interesar a los traductores también en la fase de la comprensión del original. Por muy bien que un traductor conozca la lengua del texto que se dispone a traducir, tendrá que consultar más de una vez un buen diccionario de esta lengua. Y, en principio, se supone que el diccionario más autorizado de una lengua es el diccionario de su Academia. Ahora bien, hay lenguas tan importantes como el inglés o el alemán que no tienen Academia. Pero, en tales casos, suele haber diccionarios de gran prestigio, equivalentes a los producidos por las Academias en los países que las tienen. Así, para el inglés, el *Websters Third New International Dictionary* y, más recientemente, el monumental *Oxford English Dictionary* de 20 volúmenes; para el alemán, el *Deutsches Universal Wörterbuch* de Duden.

De todos modos, es en la fase de la expresión, en el proceso de reconstrucción del texto en la lengua terminal, donde el diccionario y la gramática tienen mayor importancia. Porque el traductor tiene que acertar a elegir, entre las palabras de contenido o matiz semántico más o menos semejante, las más idóneas para reproducir los valores del original. Y para no errar en esta elección, muchas veces tendrá que consultar un buen diccionario de su propia lengua. En esta consulta, los traductores de lengua española serán directa o indirectamente deudores de la Academia, porque todos los diccionarios de nuestra lengua, incluso los que en algún momento o en algún aspecto puedan ser mejores que el diccionario académico, son deudores de este diccionario. Toda la tradición lexicográfica española se basa, en efecto, más o menos directamente, en el primer diccionario de la Academia, el llamado *Diccionario de Autoridades*, que se publicó en seis volúmenes entre 1726 y 1739, y en las sucesivas ediciones del que, desde 1780 se conoce como *Diccionario de la Real Academia Española*, o, con el nombre reducido a siglas, DRAE.

Aproximadamente lo mismo sucede con la gramática, cuyo conocimiento, mucho más abarcable que el del léxico, es también necesario para escribir, ya como autor original ya como traductor; quizá más necesario aún para el traductor que para el autor original, pues a éste se le toleran o perdonan más fácilmente las infracciones o desviaciones de la norma, que incluso pueden serle consideradas como genialidades. Y también la gramática pertenece, más o menos directamente, a los dominios de la Academia.

Lo dicho hasta ahora se refiere a la Academia por antonomasia, a la oficialmente denominada Real Academia Española, conocida también, aunque no sea éste su nombre oficial, como “Academia de la Lengua” o “Academia de la Lengua Española”.

Pero hay en nuestro país, además de la Real Academia Española, otras siete Academias que integran, junto con ella, el Instituto de España; son la Real Academia de la Historia, la de Bellas Artes de San Fernando, la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, la de Ciencias Morales y Políticas, la Nacional de Medicina, la de Jurisprudencia y Legislación, y la de Farmacia. Y todavía, diseminadas por España, treinta y dos Academias Asociadas al Instituto, de las cuales ocho son de Bellas Artes, y doce de Medicina, sin contar entre éstas tres de Veterinaria.

Tanto las ocho Academias Nacionales como las treinta y dos Asociadas al Instituto de España y otras que actúan en ámbitos más limitados, tienen en la lengua su principal instrumento de trabajo. Deben, por consiguiente, no sólo impedir que esa lengua se deteriore, sino cuidarla y enriquecerla, sobre todo en la parte de ella que les es peculiar, es decir, en el vocabulario que constituye su propia terminología.

Hoy es muchísimo más importante cuantitativamente la traducción científica y técnica que la traducción literaria. Y también en textos literarios pueden aparecer pasajes que requieran en el traductor conocimientos de una terminología determinada. Al final de la novela *Mazurca para dos muertos*, de Camilo José Cela, hay un pasaje sobre una muerte violenta que resulta oscuro y, al menos en parte, incomprensible para quien desconozca la terminología de la Medicina legal.

La presencia de términos especializados, accidental en textos literarios, es necesariamente habitual en escritos científicos o técnicos. Nadie puede traducir una obra de Medicina, de Física, de Matemáticas, de Arquitectura, sin conocer la terminología correspondiente. Redactar y publicar diccionarios o vocabularios de su propia especialidad debiera ser una de las ocupaciones primordiales de las Academias. Prestarían con ello un gran servicio al público lector en general, y sobre todo a los traductores.

Merece grandes elogios la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales por haber llevado a cabo la publicación de su ya monumental *Vocabulario Científico y Técnico*, que en poco más de un decenio ha tenido tres ediciones; la última, con más de 1.600 páginas de gran tamaño. De ellas, 1.071 contienen la nomenclatura de los términos con las definiciones correspondientes, y las restantes, un vocabulario español-inglés y otro inglés-español, que incluyen todos los términos de la nomenclatura; el español-inglés resulta especialmente útil para los muchos científicos que ahora quieren dar a conocer al mundo sus ideas o descubrimientos escribiendo artículos en la lengua de Shakespeare.

Ojalá se animen las demás Academias a emprender obras semejantes con relación a sus propias terminologías, aunque no alcancen el volumen ni la densidad de contenido del mencionado *Vocabulario Científico Técnico*. Tales obras prestarían gran servicio a nuestra cultura en general, y en particular a los muchos traductores que, al intentar reproducir en español textos científicos o técnicos escritos en otras lenguas, ahora sobre todo en inglés, desconocen, y no encuentran en nuestros diccionarios, los términos equivalentes a los que aparecen en el original. Forjar esos términos en español, cuando no existen, sería un trabajo muy meritorio, pero nada fácil y que no está al alcance de cualquiera.

Mi colega de la Real Academia Española D. Antonio Colino, que es también Académico de número de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, y preside la Comisión de Vocabulario Técnico en la Española, dice en un artículo titulado "Sobre el lenguaje científico y técnico", incluido en la *Memoria del X Congreso de Academias de la Lengua Española*³ que "los científicos decidieron, desde un principio, basarse en la gran cantera de voces latinas y griegas para, formando voces compuestas, crear verdaderos neologismos y bautizar así los nuevos conceptos, instrumentos, etc., que iban surgiendo a lo largo del desarrollo científico" (p. 158).

Es cierto. Pero, lamentablemente, esos neologismos científicos o técnicos muy pocas veces se formaron originalmente en España. Como los nuevos conceptos, instrumentos, etc., designados por ellos, esos neologismos surgieron, hasta hace medio siglo, sobre todo en Francia, Inglaterra, Alemania, y han surgido después principalmente en

³ Madrid, 1997, pp. 157-161.

los Estados Unidos y en Inglaterra, y también, aunque en menor cuantía, en Francia y Alemania. Hasta la segunda Guerra Mundial, esos neologismos llegaban al español principalmente desde el francés, aunque a veces se hubiesen forjado antes en otra lengua; ahora nos llegan sobre todo desde el inglés.

Yo llevo trabajando, con muchas y largas intermitencias, desde hace ocho años, con bastante asiduidad a lo largo de los dos últimos, en un *Diccionario de galicismos prosódicos y morfológicos*, que espero publicar dentro de un par de meses. Incluyo en él términos, casi siempre científicos o técnicos, y en su gran mayoría de origen griego o latino, mal acentuados o mal formados porque no se han tomado directamente del griego ni del latín, sino del francés, que no sigue, para derivar palabras de las dos lenguas clásicas, las normas obligatorias en español para derivarlas correctamente. No incluyo en mi diccionario los términos que ya el Diccionario de la Academia reconoce como procedentes del francés, aunque su origen último sea latino o griego. Y tampoco trato de hacer un diccionario completo. Aun así, pasan de quinientos los galicismos prosódicos, y son más numerosos aún los morfológicos.

Llamo galicismo prosódico a la palabra que por influjo del francés ha cambiado la acentuación que por su origen le correspondía. Tenemos un ejemplo muy claro y muy interesante en el nombre de una flor bien conocida: *crisantemo*. Esta palabra es de origen griego: *chrysánthemon*, voz compuesta de *chrysós* (oro) y *ánthemon* (flor); es decir, “flor de oro”, porque era primitivamente amarilla, aunque ahora las haya también de otros colores. En latín se llamó *chrysanthémon*, como en griego, y se acentuó como voz esdrújula, no porque así se acentuase en griego, sino porque la sílaba penúltima, que en griego tenía una *épsilon*, es decir, una *e* breve, también era breve en latín. Y, como sin duda saben ustedes, en latín, todas las palabras de más de dos sílabas eran llanas o esdrújulas: llanas, si la penúltima sílaba era larga; esdrújulas, si dicha sílaba era breve. Así, *hispanus*, con *a* larga; pero *hispanicus*, con *i* breve.

El segundo volumen del primer diccionario de la Academia, el de *Autoridades*, impreso en 1729, conserva para *crisantemo* la acentuación etimológica, con tilde sobre la *a* de la sílaba antepenúltima (*chrysántemo*). Pero el primer volumen del diccionario de Terreros, publicado en 1786, cuando el influjo francés había alcanzado su mayor auge, acentúa ya *crisantémo*, con tilde sobre la *e*, para que no haya duda. Y no sólo afrancesa la voz española, igualándola acentualmente con el francés *chrysanthème*, sino que pone tilde también sobre la *e* de la voz latina *Crysanthémum* (sic). La primera edición del DRAE, en 1780, omitió la palabra, que no reaparece en el diccionario académico hasta la edición de 1899, sin acento gráfico y, por tanto, como palabra llana. El francés *chrysanthème* figuraba en los diccionarios desde 1750, es decir, 21 años después de imprimirse el *Diccionario de Autoridades*, 36 años antes de publicarse el volumen primero del diccionario de Terreros.

El galicismo morfológico se produce cuando una palabra cambia su forma o estructura etimológica por influjo del francés. Podrían aducirse muchos ejemplos de palabras de origen griego que en esta lengua terminaban en *-os*, y, cuando pasaron al latín, en *-us*, acusativo *-um*, que, por consiguiente, deberían acabar en español en *-o*, pero acaban en *-a* porque no se tomaron directamente del griego ni del latín, sino del francés, y en esta lengua terminaban en *-e*, que, al pasar al español, se convirtió indebidamente en *-a*: *aeda*, *autodidacta*, *corega*, *estratega*, *hermafrodita*, *rapsoda*, y todas las acabadas en *-iatra* que designan a especialistas médicos, como *foniatra*, *geriatra*, *pediatra*, *podia-*

tra, psiquiatra, derivadas de *aoidós, autodíaktos, chorégós, stratégós. Hermaphróditos, rhapsōidós, -iafrós*, deberían ser en español *aedo, autodidacto, corego, estratego, hermafrodito, foniatro, geriatro, pediatro, podiafro, psiquiatro*; terminan en *-a* porque se tomaron del francés *aède, chorège, stratège, gériatre, pédiatre, psychiatre, hermaphrodite, rhapsode*.

Añadiré todavía un nombre geográfico bien conocido: el de la isla de *Chipre*. En griego clásico era *Kýpros*, que pasó al latín como *Cypros* o *Cyprus*, con *C* inicial. En español tendría que haber dado *Cipro*, lo mismo que el gr. *Kyros*, lat. *Cyrus*, (con *C* inicial), dio *Ciro*. ¿Por qué entonces, decimos en español *Chipre*? Porque en francés se dice, desde comienzos del s. XIV, *Chipre*. Curiosamente, en 1797, Don Joseph de Covarrubias, del Consejo de su Majestad, Fiscal Togado de las Chancillerías y Titular de la Policía de Madrid y su Rastro, terminaba la brevísimas fe de erratas que puso al fin del larguísimo preámbulo (142 páginas) a su traducción de las *Aventuras de Telémaco*, de Fénelon, con esta advertencia: “En todas partes en que se halle la palabra *Chipre*, debe decir *Cipre*”. Corregía así la consonante inicial, acomodándola al latín; pero no la *-e* de la terminación, que en español debería ser *-o*, como en el it. *Cipro*.

La Real Academia de la Historia, fundada en 1738, cincuenta y nueve años antes de publicarse en español las *Aventuras de Telémaco*, quizá podía haber intervenido (ahora ya no puede hacerlo) para corregir también la terminación del nombre de la célebre isla, antes de su implantación definitiva en nuestra lengua.

La Real Academia Española, por su parte, debería haber censurado el topónimo *Chipre* y sus derivados *chipriote* y *chipriota* desde sus primeras apariciones, haciendo ver que los derivados correctos del griego y del latín eran *Cipro* y *ciprio*.

Sería muy conveniente que todas las Academias, sin merma alguna de sus propias competencias, actuaran en lo lingüístico de acuerdo con la de la Lengua, consultando con ella los casos dudosos en sus respectivas terminologías. Se evitaría así que esfuerzos muy meritorios, como el de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales en su monumental *Vocabulario Científico y Técnico*, se vieran un tanto malogrados por la aprobación de términos incorrectos en su acentuación o en su estructura. Voy a poner algunos ejemplo de ambos tipos de incorrecciones.

1. Los adjetivos cuyo segundo componente es *-trofo*, del gr. *-trophos*, con *ómicron*, es decir, *o* breve, en la penúltima sílaba, debieran ser esdrújulos en español, como lo son *antitrofo* y *heterótrofo*; pero en el VCT hallamos, sin hacer una búsqueda minuciosa: *alotrofo, autotrofo, fototrofo, metatrofo, metazotrofo, metilofrofo* y *quimiotrofo*.

2. Los adjetivos cuyo segundo componente es *-crono*, del gr. *chrónos*, también con *o* breve, debieran ser igualmente esdrújulos, como *isócrono* y *ácrono*, pero en el VCT hallamos *isocrona de una elipse* y *línea isocrona*.

3. Los sustantivos cuyo segundo componente es *-lisis*, del gr. *lýsis*, tienen igualmente vocal breve en la penúltima sílaba; por consiguiente, debieran ser esdrújulos, como *análisis* o *parálisis*; pero en el VCT hallamos *cariolisis, cetolisis, citolisis, cosmolisis, fotolisis, glicolisis, hemolisis, heterolisis* y *homolisis*, aunque también, inconsecuentemente, *catálisis, hidrólisis* y *pirólisis*.

4. Los sustantivos cuyo segundo componente es *-stasis*, con *alfa* breve, también deberían ser esdrújulos, como *catástasis* y *metástasis*; pero en el VCT aparece *hemostasis*, aunque acentúa etimológicamente *metástasis*.

Podría seguir enumerando compuestos de acentuación antietimológica; así muchos de los terminados en *-cito*, como *leucocito*, en *-fito*, como *saprophyte*; en *-lito*, como *monolito*; en *-tipo*, como *logotipo*. Todos ellos deberían ser esdrújulos, como en portugués e italiano, porque la *i* de la primera sílaba de todos esos componentes es breve; pero en español son llanos o graves por influjo de los términos franceses correspondientes, que, al convertir en *e* muda la *o* final del componente griego, acentúan como última sílaba pronunciada, y por consiguiente aguda, la sílaba anterior: *leucocyte*, *saprophyte*, *monolithe*, *logotype*.

Pondré fin a esta enumeración con dos términos sorprendentes, hallados también en el citado VCT. Se trata ahora de dos anglicismos. Los anglicismos se apoderan ahora del lugar que antes ocupaban en nuestra lengua los galicismos. Uno de los términos a que me refiero aparece con dos formas, que deberían acentuarse como palabras llanas o graves, pero se acentúan extrañamente como esdrújulas. Me refiero a *lórica* y *loriga*. Proceden ambas formas del lat. *lorīca*, con *i* larga en la penúltima sílaba; por consiguiente, con el acento tónico sobre esa sílaba. ¿Por qué se acentúan en la antepenúltima? Sólo se me ocurren dos posibles motivos: o bien el famoso esdrújulismo de intención realizadora, tal como se manifiesta, por ejemplo, en *parásito*, *rúbrica* y *púdico*, que en latín eran *parasītus*, *rubrīca* y *pudīcus* (pero este fenómeno no parece probable en una palabra como *loriga*, ajena al lenguaje popular); o bien el influjo prosódico del inglés, que tiende a correr el acento hacia el comienzo de las palabras, como en *ántimony*, antimonio, *fámily*, familia, *literalism*, literalismo, *cárdinal*, cardenal. La palabra *loriga* se usó antes en español que en inglés. En esta lengua no se documenta antes de 1706, mientras que, en español, aparece ya un siglo antes, en el capítulo X de la primera parte del *Quijote*. No obstante, como término zoológico, que es como figuran *lórica* y *loriga* en el VCT, se documenta la voz correspondiente en inglés, según el OED, entre 1856-58, y del inglés sin duda pasó al español, como parece indicar la primera forma, *lórica*, castellanizada después como *loriga*. Pero en inglés no se acentúa *lórica*, sino *loráica*, con el acento de intensidad sobre la segunda sílaba y con la *i* diptongada en *ai*. Probablemente, el primero que castellanizó la palabra la tomó de un texto escrito, sin haber oído pronunciarla, y pensó que, siguiendo la tendencia inglesa, se acentuaría como esdrújula.

El otro término al que quiero referirme, formado por un sustantivo y un adjetivo, es *larva veliger*; en inglés, *veliger larva*. Es *larva* un sustantivo latino, recibido sin modificación tanto en inglés como en español. Lo extraño está en el adjetivo *veliger*, también latino. El VCT acentúa las palabras latinas, incluso cuando su acentuación coincide con la española; por ejemplo, *minimum separabile* y *mollúscum contagiósum*; pero en el término *larva veliger* no pone ningún acento. Los ingleses no acentúan gráficamente las palabras latinas. Por eso tampoco le ponen acento gráfico a *veliger*, aunque lo pronuncian correctamente como voz esdrújula. Un lector español que no sepa latín (y son raros los que lo saben, sobre todo entre los científicos) puede acentuar cualquiera de las tres sílabas: *véliger*, *velíger* o *veligér*. Pero lo peor está en la forma de la palabra. Los adjetivos ingleses tienen una sola terminación, pues no distinguen géneros. Los latinos pueden tener una para el masculino, otra para el femenino y otra para el neutro; el que aquí califica a *larva* sería en el nominativo singular *veliger*, *veligera*,

veligerum. El español tiene que elegir de acuerdo con el género del sustantivo calificado; como *larva* es femenino, tendría que decir: *larva veligera*. *Larva veliger* es burdo anglicismo, que descubre poco conocimiento del inglés, y menos aún del latín.

En el Vocabulario inglés-español se traduce *veliger larva* por *larva véliger*, acentuando gráficamente la primera *e* de *veliger*, con lo que se acierta en el aspecto prosódico del adjetivo. Pero se yerra en su aspecto morfológico, pues *larva* es femenino, y *veliger*, masculino. Debería, pues, decirse *larva veligera*, no *larva véliger*.

Podrían citarse términos de disciplinas pertenecientes al campo de trabajo de otras Academias. Veamos uno de Arquitectura, que corresponde a la de Bellas Artes: *arquivolta*.

Según el Diccionario académico, *arquivolta* viene del it. *archivolta*. Pero en italiano no existe *archivolta*, sino *archivolto*. De donde viene el esp. *archivolta* es del fr. *archivolte*, como indica el DCECH de J. Corominas y J. A. Pascual, donde se documenta *archivolta* en 1772, y *arquivolta*, en 1877. El fr. *archivolte*, femenino, que fue antes masculino como el it. *archivolto*, lo documenta el DHLF en 1694, 78 años antes que el esp. *archivolta*, 183 antes que *arquivolta*. El it. *archivolto* lo documenta el DELI a principios del s. XIV, unos 380 años antes que el fr. *archivolte*.

Y, por último, un término de la Medicina: *impétigo*. Es en español voz esdrújula. Pero en latín era llana: *impetīgo*. ¿Por qué se acentúa en español la sílaba antepenúltima? Por la misma razón que los semicultos acentúan la primera, que es también la antepenúltima de *élite*. Esta es, en realidad, una palabra francesa, que lleva acento gráfico agudo en la primera *e* para indicar su timbre cerrado, no abierto ni mudo. Pero los franceses ponen el acento tónico sobre la segunda sílaba, que es también la última pronunciada, y dicen *elit*, no *élit*. Sucede lo mismo en *impétigo*, voz latina cuya penúltima sílaba era larga y, por consiguiente, se acentuaba *impetigo*. Los franceses dicen *impetigó* (1480); pero acentúan gráficamente la *e* de la sílaba *pé* por la misma razón que la primera *e* de *élite*. Y del francés vino el acento del español *impétigo*, que debiera ser, como en latín, *impetigo*.

No podemos seguir poniendo ejemplos de palabras españolas mal acentuadas o mal formadas por influjo del francés o del inglés. Basten las mencionadas para mostrar la conveniencia de que nuestras Academias, y no sólo la Española, se preocupen de que las palabras que constituyen su peculiar terminología se formen y se acentúen de manera correcta.

Lamentablemente, hay que decir que tampoco la Real Academia Española ha prestado siempre la debida atención a la estructura y acentuación de los neologismos. En su Diccionario figuran cientos de galicismos prosódicos y morfológicos, que ponen de manifiesto la falta de atención o de interés de nuestros académicos por cumplir el primero de los tres preceptos implícitos en el lema de su Corporación: "Limpia, fija y da esplendor". ¿Qué esplendor se puede dar a nuestro léxico sin limpiarlo de acentuaciones o contrahechuras extranjerizantes?

Las dos lenguas románicas más próximas al español son el italiano y el portugués. Ambas, como la nuestra, han sufrido durante siglos el influjo del francés. El italiano, en su primera época, con más intensidad aún que el español. Pero ambas le han opuesto

mayor resistencia que la nuestra. Podría aducir docenas de ejemplos; bastaría confrontar en las tres lenguas términos científicos ya mencionados, que tienen como segundo componente *-cito*, *-fito*, *-lito* o *-tipo*; muchos de ellos tienen en italiano, y más aún en portugués, la acentuación esdrújula etimológica: it. *fagocita*, port. *fagócito*; it. *briofite*, port. *briófito*; it. *monólito*, port. *monólito*; it. *prototipo*, port. *protótipo*. Pondré un solo ejemplo de otra clase. Hay en las tres lenguas media docena de palabras formadas con un numeral antepuesto a la voz latina *vir*, *viri*, acusativo *virum* “varón”: la *i* de esta palabra latina es breve, y al quedar la sílaba *vi* como penúltima del compuesto, el acento tónico recaerá en la anterior: *duunvīrum*, *triunvīrum*, *quatuorvīrum*, etc., formando palabras esdrújulas.

Esdrújulas son en portugués e italiano *duinviro*, *triinviro*, etc. Pero en español decimos, por influjo del francés *duumvir*, *triumvir*, etc., *duinviro*, *triinviro*, *cuatorviro*, *decenviro*, *centunviro*. Decimos, en cambio, *séviro*, como el italiano y el portugués; mas no por razón etimológica como lo dicen ambas lenguas hermanas; sino también por influjo del francés; porque en francés la *e* de *sévir* lleva un acento agudo, no para indicar que debe llevar también el acento tónico, sino porque es una *e* cerrada, no abierta ni muda. Es el mismo fenómeno de *élite*, y también el de *imbécil*, que hasta el siglo XVIII se acentuó etimológicamente *imbecil*, como el lat. *imbecillis*, el port. *imbecil* y el it. *imbecille*, e incluso el fr. *imbécile*; pero cambió su acentuación porque el francés lleva acento gráfico agudo sobre la sílaba *bé*.

Yo pienso que la Academia debiera intervenir antes de que el uso impusiera la forma o la acentuación incorrecta de las palabras. Hoy ya no podemos corregir el galicismo morfológico *solidaridad*, calco del fr. *solidarité*; lo etimológico sería *solidariedad*, derivado de *solidario*, como de *contrario* se deriva *contrariedad* o de *vario* *variedad*, no *contraridad* ni *varidad*. Pero *solidaridad* lleva ya en el Diccionario más de un siglo.

Recuerdo, en cambio, cómo hace aproximadamente medio, comenzó a circular el galicismo *exilado*, calco del fr. *exilé*. Algunos lo combatimos, y se logró que desapareciera casi por completo, sustituido por la forma etimológica *exiliado*. La Academia sería, corporativamente, mucho más eficaz que las personas aisladas. Pero también las personas aisladas pueden contribuir a limpiar nuestra lengua. Lamentablemente, todos podemos contribuir también a ensuciarla. Los malos traductores han sido, con frecuencia, introductores de galicismos, y ahora de anglicismos, en español. Procuremos nosotros ser buenos traductores. No contribuyamos a ensuciar, sino a limpiar nuestra, a pesar de todo, hermosa lengua.